

## ARTÍCULOS

---

### DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN: UNA CONVIVENCIA COMPLEJA. EL CASO URUGUAYO.

Eduardo Rey Tristán

*Universidad de Santiago de Compostela*

[eduardo.rey@usc.es](mailto:eduardo.rey@usc.es)

**Resumen:** El objetivo de este artículo es comprender la relación de la izquierda revolucionaria latinoamericana de los años sesenta y setenta con los dos ejes en los que se centra este monográfico: democracia y autoritarismo. Tratará de analizar la visión que aquella izquierda tenía de la democracia y los sistemas políticos vigentes, e indirectamente abordará la cuestión del autoritarismo. En primer lugar intentaremos comprender la dicotomía planteada entre democracia y revolución, dado que en toda aquella izquierda hubo una base ideológica común heredada de la revolución cubana y de la elaboración político-ideológica resultante de ella, y que es punto de partida fundamental para la comprensión tanto del tema en sentido amplio como en relación a cualquier caso particular. En segundo lugar, nos centraremos en el MLN-T uruguayo, ejemplo paradigmático de las cuestiones abordadas: por su propuesta revolucionaria, derivada de aquel pensamiento y adaptada a sus circunstancias nacionales; por su singularidad en el continente dada la tradición y solidez democrática del país hasta fines de los años sesenta; y por su evolución posterior, pues se reorganizó políticamente tras la dictadura, renunció a la lucha armada y se integró a la competencia democrático-electoral, alcanzando a través de ella su máximo éxito al ser la fuerza dominante dentro de la izquierda uruguaya que llevará a uno de sus viejos militantes, José Mujica, a la presidencia del país en el año 2009.

**Palabras clave:** Izquierda revolucionaria latinoamericana, democracia, autoritarismo, Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros, Uruguay.

**Title:** DEMOCRACY AND REVOLUTION: A COMPLEX COEXISTENCE. THE URUGUAYAN CASE.

**Abstract:** The aim of this article is to understand the relationship between the Latin American Revolutionary Left Wing in the sixties and seventies and the two topics this monograph is concerned with: democracy and authoritarianism. It will attempt to analyze the vision that the Left Wing had of democracy and the prevailing political systems as well as indirectly considering authoritarianism. Firstly we will try to understand the dichotomy involved between democracy and revolution, as throughout the left we find a common ideological base inherited from the Cuban Revolution and its resulting political-ideological set up, which is the fundamental basis when considering both the overall topic and also the individual aspects. Secondly, we will focus on the MLN-T in Uruguay, a paradigmatic example of the matters in question due to its revolutionary proposals - adapted to its national circumstances, its singularity within the continent given the country's tradition and democratic solidarity up to the

---

Recibido: 01-11-2010

Aceptado: 30-11-2010

**Cómo citar este artículo:** REY TRISTÁN, Eduardo. Democracia y revolución: una convivencia compleja. El caso uruguayo. *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea]. 2011, n. 6. Disponible en: <<http://revistas.um.es/navegamerica>>. [Consulta: Fecha de consulta]. ISSN 1989-211X.

end of the sixties and for its consequent evolution - it reorganized itself politically after the revolution, giving up its weapons and forming part of the electoral - democratic system. As a result, it gained its greatest success by becoming the dominating force in the Uruguayan left with the election of one of its old members, José Mujica, to the presidency in 2009.

**Keywords:** Latin American revolutionary left, democracy, authoritarianism, National Liberation Movement – Tupamaros, Uruguay.

Es sabido que a raíz del éxito de la revolución cubana, y en buena medida por la influencia que representó ésta –aunque no solo–, surgieron a lo largo y ancho del continente numerosas organizaciones revolucionarias que plantearon desafíos más o menos importantes a los gobiernos de sus Estados. Muchos de estos eran regímenes dictatoriales o de muy dudosa legitimidad democrática. Pero otros gozaban de sistemas políticos estables y con una tradición democrática más o menos sólida, según los casos, si bien los argumentos justificativos de la opción armada pondrían esto en cuestión, como veremos. La influencia del ejemplo cubano implicaba además lecturas ideologizadas –cuando no tergiversadas, y eso en los casos en donde se realizasen– de las realidades nacionales y, entre otras cosas, del verdadero cariz de sus sistemas político-representativos allí donde existían.

Casi ninguno de aquellos movimientos revolucionarios alcanzó sus objetivos, como es también conocido, reeditándose el éxito cubano de 1959 solamente veinte años después en Nicaragua, si bien con diferencias en formas y resultados. Además, la mayor parte de las organizaciones que encabezaron aquellos desafíos desaparecieron tras su derrota. Han sido muy pocos los casos de pervivencia política, especialmente para las de los años sesenta y setenta y en el sur del continente, en donde el único ejemplo significativo es el antiguo Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros (MLN-T), hoy reconvertido en partido en el seno de un grupo político más amplio (el Movimiento de Participación Popular, MPP, integrado al Frente Amplio), impulsado por ellos mismos para diluir el peso e historia de su etiqueta. Mayor continuidad tuvieron las organizaciones centroamericanas, posteriores (años ochenta), que plantearon otro tipo de desafíos, y que negociaron una paz que les permitió integrarse seguidamente en el sistema político partidario, si bien con éxitos desiguales si comparamos, por ejemplo, los casos salvadoreño y guatemalteco.

Más frecuente parece ser el caso de antiguos militantes revolucionarios que hoy, a título individual y en partidos políticos distintos de sus matrices revolucionarias, se mantienen activos políticamente. El más difundido recientemente es el de la nueva presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, si bien no es el único. Ejemplos similares pero con menor relevancia política tenemos en Argentina, donde en círculos políticos encontramos tanto a antiguos militantes montoneros como a personajes que son vinculados en ocasiones con la represión; en Venezuela, Colombia o Chile, por citar solo algunos países.

Este paso implicó que aquellos militantes u organizaciones renovadas ahora como actores políticos más o menos significativos en sus sociedades, pasaron a defender, en cierto modo, aquello contra lo que otrora habían combatido. Ni el viejo tupamaro hoy presidente del Uruguay, José Mujica, ni la recién electa Dilma Rousseff en Brasil, o Mauricio Funes a la cabeza del gobierno del FMLN en El

Salvador, cuestionan hoy el modelo capitalista, la sociedad de mercado o la democracia representativa, ni pretenden reformas en profundidad orientadas hacia una transformación socialista de la sociedad. Cumplen con la ortodoxia macroeconómica neoliberal vigente y, a lo sumo, humanizan las políticas con un contenido social antes menos presente. Y paradójicamente, en los casos en los que han alcanzado el gobierno, deben ejecutar y defender políticas con las que hace pocas décadas estaban en abierta confrontación, además de llegar a hacerlo en ocasiones en una coyuntura socio-económica quizá mucho más adversa para el grueso de la población que la que se podía dar entonces y que había sido elemento justificativo de su movilización.

Es obvio que en este cambio influyeron múltiples variables, además de la experiencia de vida propia, las derrotas de sus organizaciones o los dramas personales sufridos por la represión dictatorial en cada uno de sus países. El contexto internacional ya no es el mismo tras el fin del socialismo real, y en la agenda política de la izquierda latinoamericana aquel ya no está presente como opción de futuro, o al menos no en los términos de los años sesenta y setenta. Además, la generalización de las dictaduras militares en aquel período en el continente no provocó la reacción de resistencia y subversión esperada por la doctrina revolucionaria de la época, sino justo lo contrario: una transformación en los valores políticos propios, en sus estrategias y, por supuesto, en las agendas de militantes y organizaciones. La democracia representativa antes denostada pasó a ser una demanda central en las luchas anti dictatoriales tanto dentro como fuera de cada país; y se incorporaron temas antes inexistentes como los derechos humanos, por ejemplo. Desde fines de los setenta los conflictos políticos dejaron de plantearse en términos de igualdad antes que de libertad –de ahí la no valoración de los sistemas democráticos allí donde existían, a pesar de las limitaciones que pudiesen tener–, y tanto la agenda política como el discurso opositor a las dictaduras estuvieron marcados por el reclamo de democracia, libertad y derechos humanos, quedando en un segundo plano el rechazo al sistema capitalista y la defensa de la sociedad socialista.

Esta transformación, al igual que las subsecuentes propiciadas por el mismo hecho de la participación en el sistema y más concretamente por las exigencias de la competencia político-electoral, llevó en ciertos casos a una relectura del pasado militante que, sin renegar de lo realizado entonces, parecen contradecir lo que se defendía y por lo que se luchaba. Para el caso uruguayo Haberkorn lo ha puesto de manifiesto en una obra tan sugerente como polémica por su método y las contradicciones palpables en su planteamiento, aunque esto no significa que no acierte al desvelar la contradicción implícita en las acciones políticas de antes y de ahora, y más aún, en la relectura que los discursos actuales hacen del pasado militante<sup>1</sup>. Viejos revolucionarios como el actual presidente Mujica u otros que hoy ocupan cargos destacados en el gobierno o la política uruguaya, por ejemplo, ¿eran

---

<sup>1</sup> HABERKORN, Leonardo. *Historias tupamaras*. Montevideo: Fin de Siglo, 2008. 214 p. El autor contrasta diferentes formas de recordar y comprender un mismo pasado a través de los testimonios de sus protagonistas, apoyo documental y bibliográfico. Aborda seis mitos sobre la historia tupamara, esto es, seis ideas comunes que se han instalado tanto en el discurso tupamaro sobre su pasado como en parte de la historiografía sobre el tema. Y a través de esos contrastes muestra otra forma de ver las mismas cuestiones, los mismos hechos, y las contradicciones que eso sugiere, invitando a una relectura y revisión de lo hasta ahora conocido.

defensores de la democracia entonces? ¿De qué democracia? ¿Qué entendían por tal?

De lo que nos habla todo esto es, antes que nada, de la compleja relación que se ha dado entre la izquierda revolucionaria latinoamericana nacida a partir de la revolución cubana, y la democracia representativa, por cuanto es fácilmente observable que el mero hecho de la existencia de aquellos grupos en regímenes democráticos suponía una negación de estos<sup>2</sup>; y años después bien sus militantes bien las antiguas organizaciones renovadas políticamente y adaptadas a la competencia partidaria, han pasado a contarse entre sus más firmes defensores, participando en sistemas políticos antes cuestionados, haciéndolo inclusive, como decíamos, en condiciones sociales y económicas mucho más complejas que las que antes sirvieran de reclamo movilizador, y aplicando políticas ante ellas radicalmente diferentes a las defendidas entonces.

El objetivo de este artículo es comprender la relación de la izquierda revolucionaria latinoamericana de los años sesenta y setenta con los dos ejes en los que se centra este monográfico: democracia y autoritarismo. Analizaremos la visión que aquella izquierda tenía de la democracia y los sistemas políticos vigentes, e indirectamente se abordará la cuestión del autoritarismo: primero, por estar presente en los discursos de entonces y ser, entre otras cosas, un elemento movilizador; y segundo, porque los autoritarismos que siguieron a las luchas revolucionarias en algunos países en los que antes había sistemas representativos fueron, en cierto modo –aunque no solo–, consecuencia de las crisis políticas de la época, y están íntimamente ligados a las interpretaciones que más adelante haría la izquierda latinoamericana de la democracia.

Para ello, y en primer lugar, intentaremos comprender la dicotomía planteada en la izquierda revolucionaria latinoamericana de los sesenta entre democracia y revolución, dado que en toda aquella izquierda hay una base ideológica común heredada de la revolución cubana y de la elaboración político-ideológica resultante de ella, y que es punto de partida fundamental para la comprensión tanto del tema en sentido amplio como de cualquier caso particular. En segundo lugar, nos centraremos en el MLN-T uruguayo, ejemplo paradigmático de las cuestiones abordadas: por su propuesta revolucionaria, derivada de aquel pensamiento y adaptada a sus circunstancias nacionales; por la singularidad de estas en el continente dada la tradición y solidez democrática del país hasta fines de los años sesenta; y por la evolución posterior, pues se reorganiza políticamente tras la dictadura, renuncia a la lucha armada y se integra a la competencia democrático-electoral; alcanzándolo a través de ésta su máximo éxito al ser la fuerza dominante dentro de la izquierda uruguaya que llevará a uno de sus viejos militantes, José

---

<sup>2</sup> La valoración de la democracia representativa no variaba en aquellas organizaciones que nacieron para enfrentarse a dictaduras militares preexistentes, caso de la guatemalteca de los años sesenta, por ejemplo. Objetivos y fines eran compartidos con grupos nacidos en sistemas democráticos como el venezolano o uruguayo de aquella década. La transformación del discurso y de los objetivos políticos no se daría hasta entrada la década de los setenta y una vez generalizadas las dictaduras militares en todo el continente. Para el caso centroamericano, por la especificidad de sus luchas y su prolongación en la década de los ochenta, este proceso, como matices y adaptaciones propias, no lo veremos hasta inicios de los noventa. Pero en lo sustancial la transformación no es muy diversa, si bien podríamos debatir –aunque no es este el momento ni lugar– el papel jugado por la ideología y/o el pragmatismo político en cada caso.

Mujica, a la presidencia del país en el año 2009.

## 1. Democracia y Revolución en la izquierda revolucionaria latinoamericana

La izquierda revolucionaria latinoamericana de los años sesenta –aunque también en buena medida la posterior–, no fue autora de una reflexión teórica profunda acerca de su propio proyecto político, algo fácilmente constatable si analizamos la documentación y discurso de cada uno de los grupos surgidos entonces y, cuando menos, hasta bien avanzada la década siguiente<sup>3</sup>. Se limitó generalmente a adherir una serie de postulados comunes, simples y maniqueos, desarrollados sobre todo por los teóricos castristas, y que servían no tanto para analizar o interpretar las realidades nacionales propias como para guiar su acción revolucionaria, esto es, para respaldar mínimamente su proyecto. La asunción de discursos ajenos tenía la doble virtud de simplificar su tarea y de vincularlos con el nuevo centro inspirador de la revolución latinoamericana, Cuba, que como toda revolución triunfante, aspiraba a convertirse en ejemplo además de en centro revolucionario internacional.

Para que la revolución cubana alcanzase este objetivo, era preciso que construyese un modelo, es decir, ofreciese una lectura de la experiencia propia que permitiese a otros, tras su conocimiento, asunción y aplicación rigurosa, alcanzar el mismo punto. El caso es que la realidad conspiraba contra esta pretensión: su éxito revolucionario carecía de modelo. No había habido una elaboración teórica previa que hubiese sido seguida para alcanzar los logros obtenidos. Podría haberse hecho, eso sí, una lectura rigurosa del camino recorrido, con el objetivo de mostrar esa vía a quien quisiera intentarlo. Pero en su propio éxito estaba escrita la imposibilidad de su repetición, al menos inmediata, en otros países del continente, tanto por su especificidad (las muy particulares condiciones y coyuntura que se dieron en aquellos momentos), como por la enseñanza que suponía para sus opositores: al igual que fue ejemplo movilizador para un sector de la izquierda y de la juventud del continente, lo fue también para aquellos que buscaron desde entonces que su éxito no fuese reeditado en otras latitudes. Esto es, provocó tanto una internacionalización de la movilización como de la represión, dicho en términos propios del análisis de la movilización social<sup>4</sup>.

El caso es que aquella lectura rigurosa no fue realizada ni por el castrismo ni por sus seguidores. Más bien se hizo otra, más ideológica y justificativa que real, que presentaba un panorama no acorde plenamente con la realidad vivida, y una propuesta de acción que en el mejor de los casos sólo respondía a una parte de la que fuera precisa para el derrocamiento de la dictadura de Batista. Autores como Rodríguez Elizondo han hecho un análisis pormenorizado y crítico de esta cuestión, y otros como Lamberg han argumentado algunas de las razones que pudieron haber llevado a ello<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> Para esta cuestión consúltese la web del Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CEDEMA, <[www.cedema.org](http://www.cedema.org)>), donde se podrá encontrar abundante documentación de prácticamente todos los grupos revolucionarios del continente en el período.

<sup>4</sup> McADAM, Dough; McCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (eds.). *Movimientos sociales. Perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999. 528 p.

<sup>5</sup> RODRÍGUEZ ELIZONDO, José. *La crisis de las izquierdas en América Latina*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1990. 152 p. ; LAMBERG, Robert F. *La guerrilla en Latinoamérica*. Madrid: Editorial Mediterráneo, 1979. 242 p.

No entraremos en detalles acerca de cuestiones como la lectura militar, o su peso en la interpretación del éxito castrista, para lo que remitimos al primero de esos autores. Nos interesan, principalmente, las cuestiones político-ideológicas. Sobre todo aquellas que tienen que ver con la cuestión central que aborda este trabajo: las ideas de democracia y autoritarismo en la izquierda revolucionaria latinoamericana de la época.

Los líderes de la revolución cubana, especialmente Ernesto Guevara y Fidel Castro, fueron los autores de aquellas lecturas acerca de su experiencia. El argentino, además de teorizar una fórmula para la lucha militar, aportó el impulso de partida para muchos militantes revolucionarios latinoamericanos a partir de 1960 al afirmar que el ejemplo cubano (excepción a partir de ahora tomada como generalidad) había confirmado que las fuerzas populares podían vencer a un ejército profesional –primer equívoco reduccionista asumido acríticamente por sus seguidores, pues ni todos los ejércitos latinoamericanos eran el de Batista, ni en el mejor de los casos eso significaba que siempre pudiesen ser derrotados–; y que el foco insurreccional podía crear las condiciones necesarias para la revolución –segundo equívoco, como le mostrará años más tarde su propia experiencia, al igual que entre 1960 y 1967 ya lo habían hecho muchas otras en distintos países del continente<sup>6</sup>.

Por su parte Castro fue autor de las ideas base que inspiraron la ideología de la izquierda revolucionaria latinoamericana<sup>7</sup>. Se trató, sobre todo, de una nueva lectura de las sociedades latinoamericanas que se oponía frontalmente a la defendida hasta el momento por la izquierda dominante (principalmente comunista, allí donde existía), que se expresaba en términos radicales y concluyentes –con una gran capacidad tanto simplificadora como movilizadora– y que llamaba a la acción inmediata. Esa lectura fue deudora, a decir de Rodríguez Elizondo, de la racionalidad colonial recogida por Fanon en su influyente obra *Los condenados de la tierra*, y estaba vinculada con los procesos de descolonización y las luchas de liberación en África y Asia desde los años cincuenta<sup>8</sup>. Se trataba de una sociedad dual, polarizada, en donde se daban dos opciones irreconciliables: el colono-imperialista, apoyado por su equipo interno de asociados; frente a los colonizados y explotados, la gran mayoría de la población, auténtica representante de la identidad nacional<sup>9</sup>.

En el caso latinoamericano, tal y como recoge la Segunda Declaración de La Habana, esto se traduce en la oligarquía apoyada por el imperialismo

---

<sup>6</sup> Estas son dos de las tres aportaciones fundamentales que Guevara considera hizo la revolución cubana, y con las que inicia su *Guerra de Guerrillas* (1960), manual revolucionario para la ultraizquierda latinoamericana en los siguientes años. Para este trabajo seguimos el texto recogido en el recopilatorio GUEVARA, Ernesto. *Escritos revolucionarios*. FERNÁNDEZ BUEY, Francisco (ed.). Madrid: Libros de la Catarata, 2010.

<sup>7</sup> Presentes en muchos de sus escritos y discursos, pero muy especialmente en el que fue uno de los textos fundamentales para la izquierda revolucionaria latinoamericana de la década, la Segunda Declaración de La Habana, leída públicamente por Fidel Castro en la Plaza de la Revolución de La Habana el 4 de febrero de 1962. Tomamos el texto de la recopilación VILAR, Pierre y CASTRO, Fidel. *Independencia y revolución en América Latina*. Barcelona: Anagrama, 1976, p. 53-110. Puede consultarse también en:

<[http://www.pcc.cu/documentos/otros\\_doc/segunda\\_declaracion\\_habana.pdf](http://www.pcc.cu/documentos/otros_doc/segunda_declaracion_habana.pdf)> [Consulta: 05-11-2010].

<sup>8</sup> FANON, Frantz. *Los condenados de la tierra*. México: FCE, 1987.

<sup>9</sup> RODRÍGUEZ ELIZONDO, José. Op. cit., p. 47-48.

norteamericano frente al pueblo, conformado por el resto. Esto es, un grupo que ostenta y defiende los privilegios frente a otro históricamente explotado y que, a raíz del ejemplo cubano, buscará su liberación. No hay términos medios, ni tampoco un análisis serio que aporte matices. Ni siquiera se distingue por países. Es la interpretación global, dicotómica y maniquea de todas las sociedades latinoamericanas, igual la guatemalteca que la argentina; un pueblo históricamente explotado, oprimido, marginado de los beneficios de su propio trabajo y de los recursos de su tierra, económicamente dependiente, y sin diferencias o conflictos de clase. Se habla de grupos, más que de clases: obreros, campesinos, intelectuales, estudiantes y capas medias progresistas, sin un análisis mínimamente sólido de sus intereses particulares o proyectos propios, y que por su condición, lo sepan o no, aspiran indudablemente a su liberación y tienen para ello un objetivo y un proyecto comunes. Estos se presentan en la Segunda Declaración de La Habana como el resultado inevitable del devenir de la historia: igual que el régimen feudal contenía en sí la contradicción que acabó con él y dio pie al orden burgués, éste dará lugar a uno nuevo nacido de sus propias contradicciones, lo que significa que la revolución es algo imparabile una vez se dan las condiciones adecuadas para ello, algo que ya se cumple en general en el continente al igual que en todos aquellos pueblos colonizados del planeta (lo que le da una dimensión mundial)<sup>10</sup>:

En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie. Está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados<sup>11</sup>.

Esta visión es el punto de partida y base de la propuesta político-revolucionaria de la época. A partir de esa dicotomía y de la constatación de la inevitabilidad de la revolución, se establece todo un programa político que es, básicamente, de acción, en el sentido de que es lo que orienta la estrategia y táctica de los grupos revolucionarios que surgirán a partir de entonces. Su asunción acrítica y la inexistencia de un análisis particular de cada una de las sociedades nacionales del continente será el otro elemento clave en esta construcción ideologizada y orientadora de la acción revolucionaria.

Ese esquema de dos polos contrapuestos e irreconciliables del que parte la interpretación de las sociedades latinoamericanas que hace la ultraizquierda es la base de su construcción ideológico-política. Todo se interpretaba a partir de términos dicotómicos: igual países que procesos, individuos o fenómenos; y según la posición que ocupasen en el esquema, eran o no revolucionarios. No había, generalmente, bases teóricas sólidas o análisis complejos de las realidades nacionales, de sus fuerzas y/o clases sociales, de sus estructuras, de las coyunturas políticas... Se adoptaban y adaptaban, como ya señalamos, los esquemas básicos conformados a partir del triunfo de la revolución cubana. Se trataba, en palabras de Rodríguez Elizondo, de una *ideología mínima que más que para interpretar o modificar el mundo, servía para derogar la realidad, siempre compleja y conflictiva*<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> Segunda Declaración de La Habana, VILAR, Pierre y CASTRO, Fidel. Op. cit., p. 76-77.

<sup>11</sup> Segunda Declaración de La Habana, VILAR, Pierre y CASTRO, Fidel. Op. cit., p. 78.

<sup>12</sup> RODRÍGUEZ ELIZONDO, José. Op. cit., p. 99-103.

Las estructuras políticas, sociales y económicas existentes se asocian con el dominador, y por tanto son rechazadas en su totalidad. Se habla de “su orden” y “su sociedad”, como veremos, que por su carácter excluyente no eran percibidas como propias, sino únicamente como las del contrario, y por tanto no solo no merecían ningún respeto, sino que debían ser sustituidas por el orden y la sociedad revolucionarias, con todo lo que ello implicaba: el Estado era visto como el garante de la reproducción del sistema; el Derecho, aquello que institucionalizaba la explotación de las minorías por las mayorías y dirimía los conflictos intraelitarios; los sistemas políticos vigentes, astucias de la dominación que encubrían el fenómeno central de la violencia, que era la que articulaba el orden colonial; y los partidos políticos, instrumentos del sistema y por tanto elementos del juego de las clases dominantes. Finalmente, Democracia y Libertad eran consideradas categorías instrumentales en las que no coincidían explotados y explotadores: la democracia de unos no era la de los otros, y la libertad de los segundos era la carencia de los primeros, y viceversa.

Estas interpretaciones llevaban al rechazo global del sistema. La democracia representativa era negada por entender que no representaba al pueblo, sino a los intereses de los grupos dominantes y su sistema de explotación: no podía existir donde hubiese explotación del hombre por el hombre o discriminación por cuestión de raza. La verdadera democracia, apuntaba Fidel en la Segunda Declaración de La Habana, era el gobierno del pueblo, aquel sistema que es expresión de la voluntad directa del pueblo, entendido como masa que participa. Y esa participación la ejemplificaba en los actos públicos que tienen lugar en la plaza de la Revolución de La Habana, como queda patente en el discurso previo a esa misma Declaración en 1962.

La competencia político electoral era descalificada por ser elemento perpetuador del sistema, una vía a través de la que no sería posible una transformación revolucionaria de la sociedad. Y con ella, sus protagonistas. Los partidos eran clasificados, de modo genérico, en tres niveles: los del sector colono-imperialista al que se refiere Rodríguez Elizondo, que no podían ser considerados siquiera como partidos nacionales; los de aquellos grupos intermedios que abogaban por la reforma del sistema; o de los pseudo-revolucionarios, que tenían objetivos liberadores pero que eran incapaces de poner en marcha una acción consecuente con su discurso.

Esto tiene consecuencias importantes de cara a las propuestas revolucionarias que aparecerán desde ahora: en primer lugar, los partidos comunistas son negados como vanguardia, rol que pasarán a desempeñar los grupos revolucionarios (el foco insurreccional), subordinándose lo político a lo militar. En segundo lugar, su estrategia de revolución por etapas es desestimada tanto por la incapacidad de esos partidos de ser vanguardia como por la negación de la existencia de una auténtica burguesía nacional que pueda liderar un proyecto liberador; no hay que olvidar además que la propia Revolución Cubana ha triunfado saltándose la estrategia revolucionaria comunista vigente en las últimas décadas. En tercer lugar, los obreros dejan de ser la clase protagonista de la revolución, papel que pasan a desempeñar los campesinos.

La negación de la democracia representativa, la valoración de lo militar por delante de lo político (entendida como la organización para la acción antes que para la práctica política tradicional), y el rechazo a los sistemas electorales y la participación en ellos, serán señas de identidad de los nuevos grupos revolucionarios surgidos a partir de la Revolución Cubana.

Pero como ya hemos señalado, estas ideas no se vieron respaldadas por un análisis detallado de las diferentes sociedades y sus sistemas políticos, ni siquiera en el caso de las democracias representativas de mayor tradición en el continente, como era el caso del Cono Sur y, muy especialmente, del Uruguay, del que nos ocuparemos en la segunda parte de este trabajo.

## 2. El caso uruguayo: el Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros

El MLN-T tiene sus orígenes en los debates que se producen en ciertos sectores de la izquierda uruguaya a partir del éxito de la Revolución Cubana, muy especialmente desde 1962<sup>13</sup>. Cuba fue un revulsivo para algunos militantes que, como señaló Julio Marenales, miembro del Partido Socialista (PSU) en aquellos años y futuro fundador del MLN-T, consideraban que sus partidos eran revolucionarios sólo de discurso. Lo ocurrido en Cuba en cambio había mostrado que había otras opciones, que la revolución no era una utopía, sino una posibilidad real<sup>14</sup>.

A las inquietudes que despertó Cuba en algunos militantes de los partidos de izquierda tradicionales (socialista sobre todo y comunista en menor medida), hay que sumar las provocadas en jóvenes con poca experiencia política en el momento, los cambios que desde hacía varios años se daban en aquella izquierda partidaria (renovaciones en cúpulas y discursos, con más éxito o menos fisuras si cabe en el PCU que en el PSU, lo que permitió a aquel afrontar con bases más sólidas el terremoto provocado por Cuba entre su militancia tras 1959) o los vaivenes políticos de esa izquierda en los primeros sesenta, con proyectos de fusión con grupos procedentes de partidos tradicionales y expectativas electorales mejoradas tras la fuerte movilización político-social que había provocado la Revolución Cubana<sup>15</sup>. El fracaso de la coalición en la que participaban los socialistas, que les supuso perder por primera vez su representación parlamentaria en medio siglo, o el que implicaran proyectos de reforma constitucional infructuosos o de trabajo con sindicatos rurales

---

<sup>13</sup> Estos primeros párrafos de síntesis acerca del nacimiento y evolución del MLN-T se basan, si no se indica lo contrario, en el trabajo REY TRISTÁN, Eduardo. *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Sevilla: Diputación de Sevilla; Universidad de Sevilla; CSIC-EEHA, 2005. 472 p.

<sup>14</sup> Julio Marenales, entrevista con el autor, Montevideo, 04/08/1998. Por su parte Julio Arizaga, fundador del pro chino Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) describe así el impacto de la revolución cubana: “*los latinoamericanos digamos que habíamos tenido una especie de complejo de derrotados, todo movimiento revolucionario importante, empezando por Martí, siguiendo en Nicaragua por Sandino, etc... todos fueron derrotados. No era una revolución de Cuba, era una revancha de los pueblos latinoamericanos, tradicionalmente perdedores, contra el imperialismo norteamericano*” (entrevista con el autor, 21/08/1998, Montevideo).

<sup>15</sup> El fuerte impacto que tuvo la Revolución Cubana en la izquierda uruguaya, sus efectos en cuanto a movilización en la sociedad y cultura, y por supuesto en el seno de los partidos de izquierda, fue analizado en REY TRISTÁN, Eduardo. *La influencia de la Revolución Cubana en la izquierda uruguaya: el Movimiento de Solidaridad con Cuba (1959-1965)*. En: CAMPOS ÁLVAREZ, Xosé Ramón y REY TRISTÁN, Eduardo (eds.). *Actas del III Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas (ADHILAC)*. Santiago de Compostela, 2001.

de fuerte impacto pero escasos logros<sup>16</sup>, llevaron a una serie de personas y pequeños núcleos militantes a pensar que las vías establecidas no eran factibles para los cambios a los que aspiraban.

Despiertas las inquietudes y abierta la reflexión en torno a las “vías” y formas de transformación radical de la sociedad, quedaba su profundización y por supuesto la de los debates entre todos aquellos de planteamientos similares, así como avanzar en decisiones y actuaciones prácticas en relación a las conclusiones a las que se fuese llegando. Estas tareas se dieron entre 1963 y 1965, años en los que militantes procedentes del socialismo, del anarquismo, del maoísmo (antiguos comunistas escindidos del PCU a raíz de la polémica chino-soviética) o grupos de fuerte influencia castrista<sup>17</sup>, se coordinaron para avanzar en una propuesta de futuro. Implicó ciertas polémicas y, por supuesto, o sobre todo, el inicio de acciones destinadas a ir logrando los recursos necesarios (económicos, armas e infraestructura) para un eventual inicio de la lucha armada en la forma que se pudiese definir para un país que ni política ni geográficamente respondía al modelo revolucionario que el castrismo (especialmente Guevara) estaba definiendo.

La coordinación concluyó a finales de 1965, dando como resultado a inicios de 1966 la creación del MLN-Tupamaros por una parte y la desvinculación de los grupos que no compartían las mismas ideas a la hora de plantear su acción política y revolucionaria por otra: Federación Anarquista Uruguaya (FAU), MIR, y pro castristas del Movimiento Revolucionario Oriental (MRO), principalmente. A partir de entonces el MLN-T comenzó su desarrollo: pausado en sus primeros dos años, en los que el crecimiento interno llegó de la mano de sus relaciones previas tanto personales como con los núcleos o militantes radicalizados dentro la izquierda organizada; y masivo a partir de 1968 y la radicalización de las posiciones políticas y de las luchas sociales que provocó la acción gubernamental del presidente Pacheco Areco.

Si bien la creación del MLN-T tuvo que ver sobre todo con el impacto político, ideológico y movilizador de la revolución cubana, a partir de la voluntad política de sus promotores, su crecimiento y el paso de grupúsculo conspirativo a grupo revolucionario vino de la mano, sobre todo, del progresivo cierre de oportunidades políticas en el país a partir de 1968, y muy especialmente del deterioro de las prácticas y tradiciones de negociación y consenso que fueron características durante muchas décadas de la política uruguaya, a lo que habría que añadir tanto la ideologización de la juventud en la época como la respuesta represiva creciente que sus demandas encontraron desde el Estado<sup>18</sup>.

Entre 1969 y 1972 el MLN-T fue uno de los actores políticos más relevantes del

---

<sup>16</sup> Nos referimos al sindicato agrícola de trabajadores de caña de azúcar del noroeste del país, la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA), organizado en los primeros sesentas por Raúl Sendic, miembro del Comité Central del PSU y futuro líder del MLN-T. El sindicato organizó varias marchas a pie a Montevideo en los primeros años de la década en demanda de derechos socio-laborales básicos, que tuvieron un gran impacto movilizador y en las conciencias de la izquierda y ciertos sectores juveniles militantes, si bien fueron poco exitosas de cara a obtener sus aspiraciones. Es uno de los elementos clave para comprender el origen del MLN-Tupamaros, pues la colaboración con esta movilización fue tarea principal en el Coordinador.

<sup>17</sup> Para profundizar en estos debates de origen del MLN-T, en sus protagonistas, formas y resultados, remitimos nuevamente a REY TRISTÁN, Eduardo. Op. cit., p. 69-128.

<sup>18</sup> Esta cuestión es argumentada con detalle en REY TRISTÁN, Eduardo. Op. cit., p. 27-68.

país: por el impacto de su práctica armada, por las definiciones que tomaron otros actores tanto en la izquierda como en la derecha en relación a ellos y al espacio creciente que ocupaban, o por la respuesta que a su movilización y accionar se iba dando desde el Estado. El incremento de la tensión generada por la práctica de la violencia política, especialmente desde comienzos de 1972, llevó a la participación de las Fuerzas Armadas en la lucha antisubversiva, lo que implicó una derrota rápida de los Tupamaros ante el cariz masivo y eficaz de la represión entre abril y septiembre de 1972. Para fines de año el MLN-T ya estaba prácticamente desarticulado, lo que no impidió que el deterioro político e institucional del país iniciado a fines de la década anterior (y que incluyó no sólo a los grupos armados sino también a partidos, gobierno o fuerzas armadas), terminase en el golpe militar de 1973, que dio pie a una larga dictadura militar hasta 1985<sup>19</sup>.

El nacimiento primero y el relativo y temporal éxito del MLN-Tupamaros, contradecía claramente los postulados revolucionarios difundidos desde principios de los sesenta por Cuba y los teóricos del castrismo (Guevara, Debray y Castro) tanto en lo político como en lo militar. En cuanto a esto último, es obvio que la propuesta revolucionaria tupamara (lucha urbana) resultaba casi herética con respecto al modelo propugnado por el castrismo (lucha rural), en cuya estrategia aquella no cabía como propuesta autónoma, sino únicamente como apoyo de la segunda, y siempre bajo su dirección política<sup>20</sup>. En cuanto a la cuestión central que ahora nos ocupa, lo político, el mismo Guevara había declarado en 1961 en conferencia pública en la Universidad de la República, en Montevideo, que Chile y Uruguay eran los dos únicos países en los que las formas democráticas todavía tenían un peso importante, por lo que invitaba a la izquierda a luchar en ese marco mientras quedasen posibilidades reales, descartando al menos por el momento la lucha armada<sup>21</sup>.

La valoración de las opciones y el momento del cambio de las vías, en todo caso, más allá de lo dicho por Guevara o del ascendiente que pudiese tener entre la izquierda radicalizada de la época, quedó siempre a expensas de las lecturas que de sus sociedades y sus oportunidades políticas hiciesen los promotores de la acción revolucionaria. Y estos desde poco después, como acabamos de señalar, consideraron que las condiciones avanzaban en un sentido tal que en un tiempo relativamente próximo la acción armada podría ser precisa, por lo que debían comenzar ya a prepararse. A partir de entonces, enero de 1966, el MLN-T se dedicó a la construcción de la organización revolucionaria. Tres años más tarde estaría en condiciones de plantear un serio desafío a las fuerzas de seguridad del Estado, sin

---

<sup>19</sup> Acerca del golpe y la dictadura militar uruguaya, véase por ejemplo MARTÍNEZ, Virginia. *Tiempos de dictadura. 1973/1985. Hechos, voces, documentos*. Montevideo: Banda Oriental, 2005 ; o PÉREZ, R. [et al]. *El Uruguay de la dictadura (1973-1985)*. Montevideo: Banda Oriental, 1996. Lo tocante a la represión fue estudiado desde 2005 por impulso de una iniciativa (inédita) del primer gobierno de izquierdas y a través de un equipo multidisciplinar. Sus resultados fueron publicados como: *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de estado en el Uruguay (1973-1985)* [en línea]. Montevideo: UDELAR, 2007. 3 tomos. Disponible en: [http://www.universidadur.edu.uy/bibliotecas/publicaciones\\_2009.htm](http://www.universidadur.edu.uy/bibliotecas/publicaciones_2009.htm)

<sup>20</sup> Para esta cuestión, véanse los escritos de Ernesto GUEVARA, especialmente su *Guerra de Guerrillas* (Op. cit., 2010), así como DEBRAY, Régis. *¿Revolución en la revolución?*. La Habana: Casa de las Américas, 1967.

<sup>21</sup> Argumentos similares, aunque no tan específicos en cuanto a países, se encuentran también en algunos de sus trabajos, caso de la citada obra *Guerra de Guerrillas*.

que ello significase que tuviese capacidades para llegar hasta sus últimos objetivos.

Más allá de cualquier debate o lectura que se pueda realizar con posterioridad, no cabe sino señalar que el mero hecho de haber planteado el desafío que significa la construcción de la organización revolucionaria, es en sí mismo una negación del sistema, del orden establecido; esto es, de la democracia uruguayo. El MLN-T no se constituyó para actuar como brazo armado de la izquierda con un cariz netamente defensivo, como posible elemento de fuerza con la que responder a una quiebra institucional desde la derecha y por tanto para defender el régimen democrático y conquistas políticas y sociales del pueblo uruguayo. Quiso ser, y fue, desde el principio, una organización revolucionaria<sup>22</sup>, esto es, una organización que aspiraba a la transformación radical de la sociedad uruguayo y a la sustitución del sistema democrático representativo tal como se conocía hasta el momento, por otro que no llegó a ser definido con claridad, pero que, según muestran sus documentos, seguiría la estela trazada por la revolución cubana: *“los principios básicos de una Revolución Socialista están dados y experimentados en países como Cuba y no hay más que discutir. Basta adherir a esos principios y señalar con hechos el camino insurreccional para lograr su aplicación”*<sup>23</sup>.

El Uruguay de 1966, año de creación del MLN-T era, sin lugar a dudas, un país de democrático, con un sistema político representativo sólido desde comienzos del siglo solamente alterado durante un breve lapso en los años treinta, y con amplias conquistas políticas y sociales que no solo fueron precoces en América Latina –y también en relación con muy buena parte de los países europeos–, sino que en buena medida aún seguían manteniéndolo a la cabeza en ese sentido en el continente: las elecciones eran regulares y sin fraude; había tradiciones políticas de larga data no sólo asentadas sino que eran parte de la cultura e identidad nacional de los uruguayos; el sistema de partidos estaba articulado desde hacía medio siglo y era elemento imprescindible y muy activo en la representación social y en la gestión de las demandas de la población ante el poder político; diálogo y consenso eran parte esencial del sistema representativo, y en ese sentido el Parlamento jugaba un papel claro que hacían de él no un mero espacio de representación política, sino un factor clave en la gobernabilidad y la resolución de los conflictos. Y desde luego había un consenso generalizado en la población respecto a todas estas cuestiones, sin que de forma general se pusiese en duda el sistema<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> Su documentación no deja dudas. El «Reglamento» interno aprobado en enero de 1966 declaraba como Artículo 1 bajo el epígrafe “Fines”: *“La Organización aspira a ser la vanguardia organizada de las clases explotadas en su lucha contra el régimen: es la unión voluntaria y combativa de quienes son conscientes de su deber histórico. Por lo tanto, la Organización trata de guiar al pueblo uruguayo por el verdadero camino de su liberación, junto a la de todo el continente americano”* (COSTA, Omar. *Los Tupamaros*. México: Era, 1971, p. 87-93). En términos no muy distintos se expresaban en el «Documento nº 1» (junio de 1967) al señalar que la única vía para la revolución era la lucha armada. De este documento hemos usado la reimpresión realizada por el MLN-T en 1985. Tanto este documento como buena parte de los que se citan en este artículo son consultables en diversas recopilaciones documentales incluidas en obras sobre ellos, o en <[www.cedema.org](http://www.cedema.org)>.

<sup>23</sup> MLN-T, «30 preguntas a un tupamaro», marzo de 1969 (COSTA, Omar. Op. cit., p. 87-93). Se trató de un documento de preguntas y respuestas básicas, redactado por Raúl Sendic para el aprendizaje de la militancia tupamaro, y que recoge los elementos básicos de su propuesta política y estrategia revolucionaria.

<sup>24</sup> Sobre el tema véase: RAMA, Germán. *La democracia en Uruguay*. Buenos Aires: Arca, 1987 ; CAETANO, Gerardo y RILLA, José Pedro. *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur*. Montevideo: Fin de Siglo, 1994 ; COSTA BONINO, Luis. *La crisis del sistema político*

Visto eso, no parecía darse ninguno de los elementos que, a partir de las ideas difundidas por el castrismo, pudiese apuntar ni a una situación pre revolucionaria ni a un posible éxito de nadie que la defendiese. Por tanto, quienes optasen por esa opción, como fue el caso del MLN-Tupamaros, tendrían una compleja tarea por delante de cara a convencer a los uruguayos de que no existían ni la sociedad ni el sistema político en el que pensaban que vivían desde hacía décadas; que el sistema democrático representativo no era tal; y que quienes lo dominaban los habían hecho creer en una quimera que no tenía nada que ver con la realidad cotidiana. Difícil tarea sin duda, que sin embargo fue resuelta con un éxito relativo si atendemos a la atracción ejercida sobre una parte de la sociedad uruguaya –minoritaria, sin duda, pero existente al fin y al cabo–; tarea a la que contribuyó, como ya hemos argumentado, tanto la crisis política, económica y social de los sesenta en el país<sup>25</sup>, como la referida acción del gobierno de Pacheco Areco desde diciembre de 1967.

Esa tarea de deslegitimación de la democracia uruguaya por parte tupamara necesitaba para su éxito solventar una serie de cuestiones: en primer lugar, la creación de una identidad propia que les permitiese presentarse como propios (y no extraños) ante su sociedad, y que por tanto justificase su propuesta política y su accionar en un país con las tradiciones políticas señaladas y en el que además la violencia como forma de resolución de los conflictos políticos había sido superada hacía más de medio siglo. En segundo lugar, la labor anterior requería del contrapeso de la deslegitimación del enemigo político, que debía ser construido como el responsable de todos los agravios que a su vez justificaban la existencia y actividad de los proponentes. Y todo ello implicaba, a un tiempo, la negación del sistema en sí: mostrar a los uruguayos que la democracia en la que creían vivir no era tal, sino que se trataba de un régimen de dominación enmascarado y creado para el beneficio y satisfacción de las minorías dirigentes, similar a los que se daban en el resto del continente de forma más abierta y sin el refinamiento obtenido en su país. Esto es, que el Uruguay democrático no era muy diferente ni de la reciente dictadura brasileña ni de los asentados regímenes autoritarios centroamericanos, por ejemplo.

Para intentar alcanzar esos objetivos, su luchar tenía que ser más ideológica y simbólica que militar, una acción más política que violenta, poniendo lo segundo al servicio de la primera. Se dio, efectivamente, una utilización “restringida” de la violencia, especialmente en los primeros años, si bien las dinámicas propias que engendra ésta llevaron a cambios en la etapa final antes de la derrota, a la pérdida de ciertas perspectivas, o a análisis incorrectos de las posibilidades de una acción revolucionaria urbana del tipo de la desarrollada más allá de la propaganda armada característica de los inicios. Esa idea de violencia restringida, por una parte, pretendía crear un vínculo simbólico con los valores de la tradición artiguista a los que se querían asociar, caso de la humanidad en el trato con el enemigo o el valor de la vida aún en el conflicto. Por otra, tenía que ver indudablemente con su grado de aceptación por parte de una sociedad que no la conocía desde hacía varias décadas, y en la que se asentara la práctica de la resolución de conflictos por vías

---

uruguayo. *Partidos políticos y democracia hasta 1973*. Montevideo: FCU, 1995 ; GONZÁLEZ, Luis Eduardo. *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*. Montevideo: FCU, 1993.

<sup>25</sup> Crisis estructural que “se proyectaba en una multiplicidad de dimensiones”, a decir de CAETANO, Gerardo y RILLA, José Pedro. Op. cit., p. 218. Sobre este tema véase nuevamente la bibliografía citada en la nota anterior.

muy diversas: el diálogo, la negociación y el consenso<sup>26</sup>.

Se dio por tanto, y probablemente en mucha mayor medida y de forma más exquisita que en otros movimientos revolucionarios latinoamericanos del período, una construcción ideológico-simbólica cuyos objetivos eran los anteriormente señalados en cuanto a creación de identidades (propias y contrarias), construcción de agravios y adjudicación tanto de responsabilidades como de soluciones, y cuestionamiento, en definitiva, del sistema democrático representativo existente en el Uruguay de su época. Su forma de transmitirlo a la sociedad uruguaya, a sus posibles adherentes, fue a través de su acción armada, siguiendo un modelo que Panizza ha denominado narrativa épica<sup>27</sup>: *“las acciones armadas de los tupamaros tomaron la forma de una sucesión de episodios distintos cada uno de los cuales tenía su propia unidad interna, la cual estaba estrechamente relacionada con su contenido simbólico”*<sup>28</sup>. Se trataba de un sistema de signos constituidos por la relación entre un significante y un significado, pero en donde esos signos no son ni lenguaje oral ni escrito, sino sus propias acciones. Ello implicaba que cada significante o acción fuese acompañada de un significado, un elemento simbólico que transmitía un mensaje, con lo que la acción no tenía sentido *per se*, como desafío militar, sino por el mensaje que transmitía.

Entre los muchos ejemplos que se podrían citar está el caso del asalto realizado por los tupamaros a la Financiera Monty, empresa dedicada a la evasión de capitales y que operaba de forma clandestina vinculada a una importante entidad bancaria. Dado que el robo no fuera denunciado a las fuerzas de seguridad, ellos mismos dieron a conocer tanto lo ocurrido como el resultado de los análisis de los libros de contabilidad que mostraban las operaciones especulativas y fugas de divisas de importantes miembros de la denominada “oligarquía”, y entre los que estaban algunos ministros del gobierno de Pacheco Areco. Con ello denunciaban la corrupción (significado más inmediato), y al tiempo reforzaban su discurso acerca de un régimen opresivo y un orden social injusto contra el que se alzaban<sup>29</sup>. Un discurso con una acción (signo) y dos niveles de significado que fue propio de todos sus comunicados y documentos de difusión pública, los cuales se enmarcaban como unidades en una propuesta política global que era la que se ofrecía a la sociedad uruguaya.

De esa propuesta lo que ahora nos interesa es lo relativo a los dos ejes que conforman este monográfico: la democracia y el autoritarismo. Será lo que analicemos en las siguientes páginas a través del desarrollo de tres cuestiones: cuál

---

<sup>26</sup> Para un análisis detallado del accionar y de la violencia protagonizada por el MLN-T y en general en la sociedad uruguaya del período, véase REY TRISTÁN, Eduardo. Op. cit., p. 313-344.

<sup>27</sup> “Colección de historias múltiples fragmentadas a nivel de las funciones y al nivel de las acciones”, según PANIZZA, Francisco. Los códigos y símbolos de la épica tupamara. *Cuadernos del CLAEH*. 1986, n. 36, p. 14.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>29</sup> “Ésta es una de las vías por la que se desangra al país y se enriquece a un puñado de especuladores, mientras el pueblo soporta el peso de la crisis que con estas y otras actividades ellos mismos han provocado. El pueblo, la “justicia” y el parlamento, el gobierno, sabe todo esto. Y ha quedado impune. Contra esto no hay ni habrá medidas de seguridad, ni represión, ni cárcel. En esto están quienes gobiernan. [...] ¡El despojo y la corrupción no quedarán impunes! ¡Viva la lucha de los trabajadores y el pueblo contra la oligarquía y el imperialismo!”. Fragmento del primer documento de denuncia del asalto por el MLN-T: «Financiera Monty: I: el MLN denuncia ante la opinión pública», 28/02/1969, Montevideo. (COSTA, Omar. Op. cit., p. 127-131).

era la idea de democracia que transmitían en sus documentos; cuál era su visión del sistema político representativo del país en ese período; y cómo respondieron al desafío que les planteaba, indudablemente, que aquel sistema y gobierno que era tachado de máscara de la dictadura no dejase de convocar elecciones regularmente (nos referimos a las que afectaron a la etapa cumbre de su acción, las de 1971), todos los partidos participasen en ellas, e incluso que por primera vez en su historia la izquierda se unificase para enfrentar la deriva política que vivía el país por los desafíos que se planteaban tanto por la ultra izquierda como por la ultraderecha. Todo ello les obligó a definirse y desarrollar una actividad propia en relación a las prácticas políticas de la democracia representativa.

El MLN-T no realizó ningún tipo de elaboración o reflexión profunda acerca de la democracia, ni en general, ni en el caso uruguayo, ni en relación con el orden al que aspiraban. Se limitaron a adjudicar etiquetas, valores en algunos casos, y a construir un discurso en cuanto al sistema y al orden establecido que se basó, sobre todo, en las oposiciones: un discurso maniqueo en donde se enfrentaban lo blanco y lo negro, sin matices intermedios, de alto poder movilizador por su radicalidad pero al tiempo simplista para conectar con quien quisiera escucharlo y reaccionar. La contradicción fundamental era la ya citada que enfrentaba a la oligarquía, aliada con el imperialismo, con el pueblo. Con la primera se asociaba –y por tanto se cuestionaba– el orden establecido. Se hablaba de SU orden y el orden del pueblo; de la justicia burguesa y la justicia revolucionaria, de la legitimidad y legalidad burguesas, y de la legitimidad y legalidad revolucionarias. Se identifica el sistema con un orden de clase, el orden burgués, enfrentado al popular. Era un régimen ilegítimo no sólo por su carácter excluyente y antidemocrático, sino que además no correspondía con el proyecto fundacional primigenio, el impulsado por el prócer patrio José Artigas, a cuyas luchas al frente del pueblo uruguayo ellos daban continuidad para poder alcanzar los logros desde entonces frustrados por la oligarquía: una auténtica sociedad igualitaria y una real independencia de la nación.

En definitiva, se denunciaba un sistema al tiempo que se construía simbólicamente un contra-sistema<sup>30</sup>. Se mezclaban elementos tales como el nacionalismo revolucionario de corte latinoamericanista propio del momento, el antiimperialismo, una lectura de la sociedad nacional deudora de las versiones militantes de la época inspiradas en la teoría de la dependencia y en la citada racionalidad colonial, y una reescritura de la historia nacional clave para la creación de identidades y la adjudicación de agravios, responsabilidades y soluciones citadas. Todo ello llevaba, más que a una lectura del presente y la situación del país, a una interpretación ideologizada que, cuando menos, se saltaba el medio siglo de historia democrática que arranca desde el batllismo y que fuera en buena medida responsable del desarrollo y bienestar del país hasta esos años.

De sus documentos internos y de difusión se desprende un claro escepticismo respecto a la democracia representativa. En el «Documento nº 1», probablemente el de mayor elaboración e intento de análisis de todos los realizados, reconocen su existencia en el país: “*Existe democracia representativa, régimen «legal» y gobierno*

---

<sup>30</sup> Este en el marco de una estrategia de consecución de un doble poder, por cuanto se pretendía presentar ante la opinión pública su existencia a través de una justicia propia, unas cárceles propias (las denominadas “cárceles del pueblo”, en las que se interrogaba, juzgaba y condenada a secuestrados), etc.

*electo*". Pero al tiempo interpretaban que las formas legales constitucionales ocultaban "la explotación, la violencia y la dictadura de clases", al igual que lo han hecho en el último siglo impidiendo la "toma de conciencia revolucionaria a grandes sectores del pueblo". La democracia representativa era, en definitiva, una fachada tras la que se escondía un régimen de dominación oligárquico, igual de crudo que en el resto del continente, aunque bien disimulado tras la máscara de la legalidad burguesa.

El avance de la crisis, el enfrentamiento del malestar social y la mayor represión que sería necesaria para que la oligarquía mantuviese sus privilegios, eran señalados como los elementos que harían más difícil "mantener ese disfraz", y que por tanto pondrían en riesgo la legalidad vigente. Esa oligarquía, formada por unas seiscientas familias según sus cálculos y propietaria de la mayor parte de los recursos del país, estaba representada en el gobierno por los partidos tradicionales, según este mismo documento. Ese gobierno, en todo caso, por su mera existencia y la de los cauces de representación política, era un obstáculo serio a contemplar en la definición de su estrategia revolucionaria:

El hecho de la existencia de un gobierno surgido de elección popular es un inconveniente para justificar a escala de las grandes masas la necesidad de la lucha armada, pero ni esta situación es permanente porque el Uruguay ha estado varias veces en los últimos años al borde del Golpe de Estado Militar, ni siempre un gobierno electo goza de autoridad. Para nosotros es más bien un problema de prestigio del gobierno, independientemente de sus formas. Lo fundamental es crear conciencia en la población a través de la lucha armada y otras formas de lucha, crear conciencia de que sin revolución no habrá cambio<sup>31</sup>.

El doble cuestionamiento del sistema como auténtico régimen de libertades e igualdad y mero encubridor del autoritarismo subyacente, y el subsiguiente desprestigio de sus mecanismos de representación (elecciones, sistema de partidos y gobierno), es la negación total de la existencia de una auténtica democracia en el país. Y es que esta no se entendía en clave de libertades, como probablemente suceda hoy, sino de igualdad: el régimen no era democrático por cuanto sólo servía a unos cuantos privilegiados, de ahí que la legalidad fuese sólo una "farsa"<sup>32</sup>, al igual que las elecciones lo serían para revitalizar un régimen desprestigiado, un cambio de nombres entre oligarcas<sup>33</sup>; o que se llegase a expresar que "la cuestión no es entre orden democrático y la violencia", sino entre los partidarios de la riqueza y los que quieren acabar con eso<sup>34</sup>.

A pesar de todo, la vuelta a la legalidad en enero de 1971 de aquellos partidos de

---

<sup>31</sup> MLN-T, «Documento nº 1», junio de 1967, cit.

<sup>32</sup> "Frente a la comprobación de que este régimen sólo sirve a un puñado de privilegiados, de que esta legalidad es una farsa pisoteada por ellos cada vez que les molesta y de que, en fin, vivimos bajo una dictadura cada vez menos disfrazada", señalaba el comunicado del MLN-T que informaba del secuestro de un importante gestor público muy próximo al presidente (MLN-T, «Comunicado a la opinión pública: hoy el Sr. Pereyra Reverbel ha sido detenido por decisión del MLN-T». 07/08/1968. COSTA, Omar. Op. cit., p. 18-19). Expresiones de este tipo y con contenidos similares son habituales en la documentación tupamara.

<sup>33</sup> MLN-T, «Declaración del MLN de adhesión al Frente Amplio», MLN-T, MLN-Tupamaros y Frente Amplio. Propaganda central. Montevideo: MLN-T, 1989, 9-12.

<sup>34</sup> Respuesta del MLN al semanario "Al Rojo Vivo", 12/03/1969, COSTA, Omar. Op. cit., p. 134-139.

izquierda ilegalizados en diciembre de 1967 por Pacheco Areco<sup>35</sup>, y la convocatoria de elecciones para ese año –y por tanto respetando los períodos y legalidad establecida–, planteaban un desafío político a la organización revolucionaria: la no alteración del juego político por parte de un gobierno que era tachado de autoritario, y que había gobernado de forma casi ininterrumpida bajo de medidas de seguridad (versión uruguaya del estado de excepción en el marco constitucional), implicaba la revitalización de las prácticas democráticas y la competencia político-electoral, con lo que los argumentos difundidos en esa etapa por los tupamaros eran fuertemente cuestionados ante los ojos de la sociedad uruguaya. Esa convocatoria además, traería la novedad de la unidad de la izquierda bajo la etiqueta del Frente Amplio (FA), creado a comienzos de 1971, y que durante meses y gracias a su intensa actividad política, creyó factible un triunfo electoral. La elevada movilización de la izquierda –con ilusiones renovadas– en torno a él, y los mismos resultados electorales de las distintas listas dentro del FA, muestran una inclinación clara de la mayoría de la izquierda uruguaya hacia opciones distintas que las afines al MLN-T, como detallaremos más adelante.

Hay que recordar que la organización había nacido a partir de la negación de la práctica partidaria y político-electoral frente a quienes las defendían como estrategia revolucionaria<sup>36</sup>, elemento definitorio de la mayor parte de la izquierda revolucionaria latinoamericana a partir de la revolución cubana. Por tanto, que se diese una coyuntura que además de cuestionar su interpretación del régimen político uruguayo diese pie a una actividad sistémica masiva y con esperanzas de triunfo dentro de la izquierda, planteaba un desafío claro: la posibilidad de dejar a la organización sin campo de acción o, incluso, obligarla a transitar por caminos que ni eran los previstos ni podrían llegar a ser acordes con su práctica y discurso hasta el momento.

La respuesta a esta coyuntura política nos la muestra tanto su documentación interna como su actividad a lo largo de aquel año. Cuando ya eran un hecho tanto la convocatoria electoral como la creación de una coalición que aglutinase a toda la izquierda, entre fines de 1970 y 1971, el MLN-T decidió tanto su apoyo al FA como

---

<sup>35</sup> Se trató de prácticamente toda la izquierda partidaria no comunista: PSU, MRO, FAU, Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y MIR. La razón esgrimida fue la publicación en el diario *Época*, el día 7 de diciembre de 1967 del denominado «Acuerdo de Época», firmado por todas ellas y el Grupo de Independientes de Época para la reedición de esa cabecera de prensa de izquierda independiente. El Acuerdo planteaba como objetivo primordial “*promover desde el plano periodístico la maduración de las condiciones para la revolución en el Uruguay*”, en el marco de la revolución latinoamericana. Eso significaba “*destruir el régimen vigente*” en lo interno, y “*liberar al país de la tutela del imperialismo norteamericano*” en lo externo; identificando capitalismo e imperialismo como los principales enemigos y “*dos vertientes de una misma realidad*”, cuya derrota sólo se lograría mediante la lucha armada. El documento aceptaba las resoluciones de la Organización Latinoamericana de Solidaridad –OLAS, proyecto de internacional revolucionaria continental promovida por La Habana bajo su dirección–, celebrada en Cuba en agosto anterior, como premisas fundamentales para una estrategia revolucionaria eficaz, lo que implicaba llevar la lucha armada al Uruguay. (Diario *Época*, Montevideo, 07/12/1967).

<sup>36</sup> En el documento «30 preguntas a un tupamaro» (COSTA, Omar. Op. cit., p. 87-93), por ejemplo, se señalaba: “*La mayoría de estas últimas parecen confiar más en los manifestos, en la emisión de enunciados teóricos referentes a la revolución para preparar militantes y condiciones revolucionarias, sin comprender que fundamentalmente son las acciones revolucionarias las que precipitan situaciones revolucionarias. [...] Ante el hecho revolucionario consumado todos los auténticos revolucionarios se ven obligados a lanzarse detrás*”.

un plan de acción para ese año electoral. La declaración de adhesión al Frente<sup>37</sup> es un ejemplo de escepticismo al tiempo que de pragmatismo político. La primera parte de ese documento se centra en destacar el carácter dictatorial del régimen oligárquico recordando su práctica represiva continuada ante las demandas socio-laborales; niega además que en el Uruguay del momento se pueda llegar a la Revolución por la vía electoral:

En el Uruguay de hoy, la radio, la televisión, el 90% de la prensa escrita, están en poder de los capitalistas, y el 100% está censurado. El gobierno determina lo que se puede informar y lo que no. Los oligarcas son los que detentan los ingentes medios económicos para financiar las costosas campañas electorales; los que desde los altos cargos públicos pueden decidir el destino de miles de aspirantes a la jubilación y de otros tantos empleos públicos; los que con la ley de lemas burlan la voluntad popular. Todo esto impide que se pueda hablar de una libre expresión de los ciudadanos y de libertad de votos. [...] no van a entregar pacíficamente el gobierno a esos trabajadores en caso de que triunfen en la elección<sup>38</sup>.

La segunda parte valora la unidad de la izquierda (lamentando que se dé solo por una coyuntura electoral), pero entiende que es “*conveniente*” plantear su apoyo al FA: por su carácter unitario frente a oligarquía e imperialismo y por cuanto pueda ser posteriormente un instrumento de movilización de las masas populares, labor que le adjudican en una clara muestra de escepticismo ante sus posibilidades políticas. Finalmente, manifiestan que la lucha armada y clandestina tupamara no se detiene.

En un balance realizado en 1971 explicaban en los siguientes términos sus razonamientos para la disposición adoptada en torno al FA<sup>39</sup>: se consideraba que su repercusión política nacional sería muy grande y aglutinaría a una gran corriente popular. “*Sería peligrosísimo para nosotros marginarnos de esa corriente popular y peor aún ponerse frente a ella. Pero además, nos conviene ayudar a consolidarla*”, señalaban. Del análisis realizado extraían tres conclusiones: la necesidad de sacar una pronta y clara posición sobre el FA; construir en su seno “*una herramienta que sirva para impulsarla, aglutinar los sectores de vanguardia y concretar nuestra conexión con el proceso*”; y hacerlo manteniendo su autonomía, línea y estrategia, “*estableciéndolas del modo más diáfano posible de modo de no diluirnos en el proceso y poder seguir señalando el verdadero camino*”. Todo ello muestra su desconfianza hacia esa vía, aunque también su convicción del peligro político de quedar aislados de ella.

El plan "71" elaborado a partir de ahí incidía en la dificultad que esa coyuntura política les planteaba, y la necesidad de “sortear el «pleito» electoral con la significación que el mismo tiene en nuestro país y con el agregado de que toda la izquierda y los sectores populares se aglutinarán en torno del FA. Uno de los escollos más difíciles que una guerrilla debe sortear”, pues les podría suponer quedar marginados de la realidad del país como organización y como método. “El objetivo será no perder la vanguardia. Sin que ello signifique chocar con el FA o sea:

---

<sup>37</sup> MLN-T, «*Declaración del MLN de adhesión al Frente Amplio*». MLN-T, Op. cit., p. 9-12.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p. 9.

<sup>39</sup> MLN-T, «*Balance 70-71*» (junio de 1971). Montevideo: MLN-T, 1985 (reimpresión).

el FA puede asumir la vanguardia a costa nuestra y el pleito electoral puede transformarse en la gran esperanza e ilusión popular a costa de nuestra metodología". En consecuencia: será preciso que midan con extremo cuidado las repercusiones políticas de sus acciones. "Entramos en un año altamente politizado y por ende debemos politizar al máximo nuestra acción. Esa será la condición para salir gananciosos"<sup>40</sup>.

El modo de no quedar fuera del juego político por parte del MLN, más allá de la disminución de buena parte de sus acciones militares, fue la creación de un movimiento que aglutinase las simpatías políticas que había generado su actividad y que se integrase al FA, pero sin presentar candidatos propios a las elecciones. Con la creación del Movimiento de Independientes "26 de marzo", que actuaría en ese año como una especie de brazo político tupamaro, conseguían un doble objetivo: canalizar buena parte de las simpatías generadas en el período anterior pero que no eran asumibles bajo las estructuras clandestinas, y no quedar desvinculados de la confrontación político-electoral, sin que ello supusiese ni renunciar a la lucha armada ni negar sus principios originales<sup>41</sup>.

Dado que el 26 de Marzo no presentó candidatos propios, no es mensurable de forma directa el apoyo que podría obtener en el seno de la izquierda en una confrontación electoral. Además, y a pesar de los rumores que circularon, se optó por un apoyo público genérico para todos los candidatos del FA, sin mencionar a ninguno en concreto. A pesar de ello, hay un cierto consenso en considerar que las listas de Enrique Erro y Zelmira Michelini, sobre todo la primera, eran en cierta medida las que representaban las tendencias más radicales dentro de la izquierda. Erro encabezaba dos listas y obtuvo en total unos 71.000 votos, que representaban el 23,7% de los 300.000 del FA y un 4,2% de todos los emitidos.

Los datos son esclarecedores en cuanto al impacto político tanto del MLN-T como, de forma más genérica, las ideas de la izquierda revolucionaria en el Uruguay de la época. Pero lo que resulta de mayor interés es observar la compleja situación política en la que tuvieron que definirse los tupamaros: una democracia atacada tanto desde la derecha como desde la izquierda (por ellos mismos), en donde el propio gobierno actúa en el borde de la legalidad vigente de modo cotidiano, pero con unas tradiciones políticas y un calado social que hacían extremadamente complejo lograr que cuajase un discurso anti institucionalidad como el tupamaro. Con todo, su estrategia ideológico-simbólica, tanto por su claridad como por las formas de su ejecución, le permitieron un cierto grado de éxito. Y todo ello en el marco del cuestionamiento de un sistema que tenía otros actores con objetivos similares –aunque proyectos diversos– en la otra punta del espectro político, y que en ese caso sí lograrán sus aspiraciones con la quiebra de la institucionalidad en el año 1973.

Esta elaboración ideológica acerca de la democracia representativa y el sistema político uruguayo tiene su complemento en la relativa al autoritarismo. No hubo, en todo caso, una construcción específica sobre él en el discurso tupamaro. Pero sí que la encontramos implícita tanto en este como en el accionar del movimiento. El punto

---

<sup>40</sup> *Ibidem*.

<sup>41</sup> Para un análisis profundo del origen del M. I. 26 de Marzo, su definición política, estructura y relación con el FA, véase REY TRISTÁN, Eduardo. *Op. cit.*, p. 345-370.

de partida es la voluntad organizativa que lleva a su nacimiento: uno de los argumentos que ya vimos se manejaban a mediados de los sesenta, en la etapa previa a la conformación del MLN-T en el ya citado espacio de coordinación de grupos, era la posibilidad de una involución política. Es cierto que en aquellos años corrían rumores de un posible golpe de Estado por parte de sectores de extrema derecha dentro de las FF.AA. Pero más allá de la posible amenaza de entonces, o de la reconstrucción justificativa actual de ciertos antiguos dirigentes guerrilleros, ya hemos señalado que no cabe duda que el MLN-T nace como propuesta revolucionaria con objetivos firmes –aunque vagos en su conceptualización– en torno a la sociedad socialista. El autoritarismo o la posible involución política podrían haber sido entonces argumentos de trabajo en un marco de decisiones personales ya inclinadas hacia opciones determinadas. Pero probablemente no más.

Donde realmente apreciamos la complejidad de la relación del MLN-T con un posible giro autoritario es en su propuesta político-ideológica y de acción. Constantemente en sus documentos, especialmente aquellos de difusión pública, aunque también los internos, encontramos las citadas expresiones “quitar la máscara”, “mostrar la naturaleza del régimen”,... que ya hemos señalado<sup>42</sup>. Todo ello se resume en la idea, muy extendida en la izquierda revolucionaria de la época, de “cuanto peor, mejor”<sup>43</sup>: a partir de un razonamiento simple, se suponía que a mayor acción, mayor reacción y represión, lo cual jugaba a favor de los movilizados por cuanto la población, ante esa política represiva, ese “quitarse la máscara” real, se uniría a las filas de aquellos que decían luchar por la liberación popular y nacional. No contaban, desde luego, con que hubiese terceras opciones, o que incluso una parte de la población que iba más allá de la denominada “oligarquía” y su equipo interno de asociados, en palabras de Fidel Castro (fuerzas de seguridad, armadas, burocracia que se veía beneficiada por el sistema...) pudiese hacer otra lectura de la coyuntura política que se daba e no inclinarse hacia sus ideas. No planteándose esto, la acción se veía orientada por la idea básica de “radicalizar las contradicciones”, muy en boga en el período y que nos encontramos también en la documentación tupamara.

Esta lectura refleja tres limitaciones severas: en primer lugar, un claro desconocimiento –por falta de análisis previo real– acerca de la voluntad o inclinaciones revolucionarias de la sociedad uruguaya. Habiendo asumido las ideas circulantes originadas en Cuba, no había ningún tipo de cuestionamiento que generase dudas y voluntad de estudio real de las posibles condiciones revolucionarias del país o las que podría crear su acción. En segundo lugar, muestra que había una lectura un tanto fantasiosa de la posible evolución de las luchas socio-políticas; de la fortaleza de la organización revolucionaria, que contaría con un supuesto apoyo popular masivo que sería regalado, en cierto modo, por las fuerzas de seguridad dado su actividad represiva no selectiva; y desde luego de la

---

<sup>42</sup> “Hay que violentar el equilibrio dictadura-oligarquía-presión popular. La dictadura trata constantemente de ejercerse sin el uso aparatoso de la fuerza; obligarla a presentarse sin disfraz, es decir, en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias contribuirá a su desenmascaramiento lo que profundizará la lucha hasta los extremos de los cuales ya no se pueda regresar”. MLN-T, «Documento nº 1», junio de 1967, cit.

<sup>43</sup> Según RODRÍGUEZ ELIZONDO (Op. cit., p. 55), “el silogismo simple de la ultraizquierda, en trance de organizarse, consiste en que si la dominación-dependencia se ejerce por medio de la violencia (ostentosa o implícita), sólo la contraviolencia abierta puede desenmascararla, en una primera instancia y derrotarla, en definitiva”.

incapacidad de estas últimas para llegar a poner fin a la experiencia subversiva. Finalmente, el discurso rezuma un claro paternalismo muy propio de la idea de vanguardia, heredada de la tradición comunista, aunque aquí readaptada al modelo castrista nacido de la revolución cubana. La organización revolucionaria, como vanguardia, mostraría la naturaleza del régimen al pueblo “dormido” por los años de estabilidad política, y que en consecuencia no era capaz de ver el verdadero cariz del régimen que lo reprimía si esa vanguardia esclarecida no se lo mostraba radicalizando las contradicciones para que el régimen a su vez mostrara su verdadero rostro.

La situación ideal que se derivaba de aquellas ideas era un régimen autoritario, lo que significa que del argumento originario que se pudo haber manejado en torno a organizarse para resistir a la dictadura, se pasaba a fomentar o desear su llegada para que de ese modo no quedasen dudas acerca de la naturaleza del sistema político, de la ausencia de democracia real y libertades. Y todo ello, recordemos, a partir del supuesto de que esa circunstancia les supondría un apoyo masivo de la población al ser ellos, como organización revolucionaria y de vanguardia, los únicos depositarios de esos valores y principios cuya ausencia subvertiría al pueblo uruguayo. ¿Pero no eran ellos quienes con su acción negaban la existencia de democracia? Es obvio que el significado del término no es el mismo para unos que para otros. La cuestión central, o el análisis que no se realizó, era el sentido que aquella tenía para el grueso de la población; o si esta aceptaría la inversión conceptual que se proponía a través de la acción armada tras varias décadas pensando aquello contra lo que ahora se luchaba.